

Evangelio del domingo: Los viñadores homicidas

Comentario del 27.º domingo del Tiempo Ordinario. "Cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los labradores para recibir sus frutos". Jesús se acerca cada día a buscar los frutos de la caridad en nuestras amistades y en nuestra fraternidad.

Evangelio (Mt 21, 33-46)

Escuchad otra parábola:

—Había un hombre, dueño de una propiedad, que *plantó una viña, la*

rodeó de una cerca y cavó en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó a unos labradores y se marchó lejos de allí. Cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los labradores para recibir sus frutos. Pero los labradores agarraron a los siervos y a uno lo golpearon, a otro lo mataron y a otro lo lapidaron. De nuevo envió a otros siervos, más numerosos que los primeros, pero les hicieron lo mismo. Por último les envió a su hijo, pensando: «A mi hijo lo respetarán». Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: «Éste es el heredero. Vamos, lo mataremos y nos quedaremos con su heredad». Y, lo agarraron, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando venga el amo de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?

Le contestaron:

—A esos malvados les dará una mala muerte, y arrendará la viña a otros

labradores que le entreguen los frutos a su tiempo.

Jesús les dijo:

—¿Acaso no habéis leído en las Escrituras:

La piedra que rechazaron los constructores,

ésta ha llegado a ser la piedra angular.

Es el Señor quien ha hecho esto

y es admirable a nuestros ojos?

»Por esto os digo que se os quitará el Reino de Dios y se entregará a un pueblo que rinda sus frutos. Y quien caiga sobre esta piedra se despedazará, y al que le caiga encima lo aplastará.

Al oír los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sus parábolas, comprendieron que se refería a ellos.

Y aunque querían prenderlo,
tuvieron miedo a la multitud, porque
lo tenían como profeta.

Comentario

A medida que se acerca el final de la vida terrena de Jesús, los discursos del evangelio según san Mateo van adquiriendo un tono más escatológico, es decir, relacionado con el destino final de todas las cosas, tanto el de los contemporáneos de Jesús, como el destino final universal. Ahora que nuestro calendario litúrgico se va acercando también a su conclusión —quedan varias semanas para completar las 33 habituales—, las palabras del Maestro resuenan con especial actualidad.

El propio Jesús anima a escuchar con atención su parábola: el dueño de

una propiedad plantó una viña y la dispuso con esmero para que diera fruto: “la rodeó de una cerca y cavó en ella un lagar, edificó una torre” (v. 33). El dueño arrenda la viña a unos labradores; les hace así partícipes de su prosperidad, a la vez que cuenta con su esfuerzo personal para que la viña dé fruto.

Pero los labradores no solo omitieron su deber, sino que además despreciaron e incluso mataron a los siervos que envió el dueño para reclamar el fruto de la viña, en la que tantos cuidados había puesto. Más aberrante aún fue su conducta cuando mataron al hijo del dueño, cuando este se lo envió. A todas luces, aquellos labradores de la parábola obraron injustamente. Cualquiera diría que eran unos “malvados” (v. 41), como los mismos oyentes de Jesús los denominan.

Con esta parábola, de lectura tan evidente y dramática, Jesús denuncia por contraste la actitud de los dirigentes del pueblo, quienes despreciaron y aniquilaron a los profetas que Dios les envió; y, sobre todo, denuncia por anticipado el rechazo que iban a hacer del mismo Hijo de Dios, al cual echarán fuera de Jerusalén y lo matarán, como hacen los labradores con el hijo del dueño de la viña.

Por extensión, la parábola no solo denuncia la conducta de los contemporáneos de Jesús, sino también la actitud indiferente e incluso hostil que podemos manifestar los hombres ante la acción de Dios, siempre solícito e interesado por nuestro bien, y que envía a personas que pueden ayudarnos a dar fruto, pero a quienes quizá rechazamos porque nos incomodan. La bondad divina, que nos ofrece su gracia y sus

cuidados, como los que tiene el dueño de la parábola con su viña y tuvo Dios con Israel, reclama de nuestra parte la buena voluntad de querer dar frutos de virtud y santidad; de aprovechar la gracia y no rechazar a quien demanda su fruto en nosotros.

Por otro lado, aunque la parábola tiene un tinte trágico, las palabras de Jesús ofrecen también un mensaje de esperanza. Como explicaba el Papa Francisco, si bien el dueño de la viña tenía derecho a vengarse, así como Dios podría vengar a su Hijo crucificado, sin embargo, “la desilusión de Dios por el comportamiento perverso de los hombres no es la última palabra. Está aquí la gran novedad del cristianismo: un Dios que, incluso desilusionado por nuestros errores y nuestros pecados, no pierde su palabra, no se detiene y sobre todo ¡no se venga!”^[1] —

“Hermanos y hermanas, —seguía diciendo el Papa— ¡Dios no se venga! Dios ama, no se venga, nos espera para perdonarnos, para abrazarnos. A través de las «piedras de descarte» —y Cristo es la primera piedra que los constructores han descartado— a través de las situaciones de debilidad y de pecado, Dios continúa poniendo en circulación el «vino nuevo» de su viña, es decir, la misericordia: este es el vino nuevo de la viña del Señor: la misericordia. Hay solo un impedimento frente a la voluntad tenaz y tierna de Dios: nuestra arrogancia y nuestra presunción, ¡que se convierte en ocasiones en violencia! Frente a estas actitudes y donde no se producen frutos, la palabra de Dios conserva todo su poder de reproche y advertencia: «se os quitará el reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos» (v. 43)”^[2].

^[1] Papa Francisco, *Ángelus*, 8 de octubre de 2017.

^[2] Idem.

Pablo M. Edo // Photo: Lasseter Winery - Unsplash

pdf | Documento generado automáticamente desde <https://dev.opusdei.org/es/gospel/evangelio-domingo-vigesimoseptimo-ordinario-ciclo-a/> (10/08/2025)